

LAS TRES VIRTUDES TEOLÓGICAS.

FE.—ESPERANZA.—CARIDAD.

I.

En un delicioso lugar llamado Paraíso, cuyas bellezas no puede la mente concebir, ni soñar, porque ojos humanos no las vieron, después de la caída del primer hombre, puso Dios á Adam, no bien le hubo dado á Eva por compañera.

«Gozad, les dijo, de esta primavera eterna, de esta dicha inmutable; no habrá para vosotros estaciones, y un blando y suave céfiro os acariciará de continuo; no tendreis dolores, ni el llanto vendrá á vuestros ojos; la santa paz, el casto y puro amor serán los compañeros de vuestros días que se deslizarán tranquilos, por la pendiente de la vida, hasta el término feliz que está en mis soberanos designios. La creación, mi obra amada, es vuestra; yo os la doy: no conoceréis necesidades, no os aquejarán el hambre y la sed, vuestra vida será un éxtasis continuo, un aromamiento de delicias sin fin. Pero yo soy vuestro Dios y Señor, y me debéis respeto y obediencia; soy también vuestro Padre, y por eso nada exigiré de vosotros que fácilmente no podáis hacer: todo, os lo repito, es vuestro; pero ved este árbol, me lo reservo; no tocáis ni comereis de su fruto si quereis conservar mi gracia y no experimentar la pena de vuestra desobediencia é ingratitud; si no quereis morir!»

Conformes con el precepto soberano vieron Adam y Eva transcurrir serenos y apacibles los primeros días de una existencia feliz, debida solo al inagotable amor de su Criador. Mas, ¡ay! mientras tanto Luzbel, el ángel rebelde, que devoraba en lo mas profundo del abismo la vergüenza y la rabia por su ignominiosa caída desde el alto pedestal de su anterior gloria, motivada por su soberbia, preparaba la grande escena que habia de abrir al pecado las

puertas del mundo. Ángel un día de luz, espíritu celeste, en lucha ya siempre furiosa con el bien, y condenado á sufrir tormentos infinitos ¿podía consentir que el hombre hecho del polvo de la tierra, gozase de una felicidad perdida para él? Si Luzbel hubiera podido morir, mil muertes hubiera preferido antes que presenciar la dicha de nuestros primeros padres en el Paraíso; pero como para su mayor condenación, la de sentir por una eternidad de eternidades, de aquí que llevado de su rabia, procurase, como siempre, oponerse á la obra de Dios, haciendo caer al hombre de su gracia.

Al efecto, aparece en el Paraíso y sopla su espíritu tentador á la serpiente, obligándola á que seduzca á Eva.

«¡Oh mujer! la dice, ¡cuán bien se conoce tu miserable origen, tu condicion servil! Estás dependiente, y te das por contenta con no sentir necesidades. Te juzgas feliz, y esa felicidad es aparente, porque está limitada tu inteligencia y encadenada tu razón. ¡Eso no es vivir! La vida está en la lucha de pasiones que no te es dado experimentar, en abarcar horizontes infinitos, en saber por que existes, para que existes, y cual he de ser tu porvenir. ¡Pobre idiota! ¡te juzgas dichosa siendo esclava!... ¡Y á cuán poca costa podrias aspirar á la felicidad verdadera, que consiste en el conocimiento de la ciencia del bien y del mal, á la inmortalidad, á ser como Dios! Este te ha vedado que toques y comas del fruto de este árbol..... y ¿cómo no? cuando si llegas á probarlo serás como él! Come, come del fruto prohibido y no habrá para tí noche, y podrá penetrar tu inteligencia en regiones desconocidas, henchirse tu pecho de sensaciones de inefable deleite, que ahora no puedes gozar, abismarse tu espíritu en la contemplación de las grandes maravillas de los cielos, ocultas ahora para tí. ¡Come, come del fruto prohibido y serás también Dios!....»

Así habló el ángel de las profundas tinieblas por boca de la astuta serpiente, llenando de turbación á la pobre Eva; que

empezó á sentir los impulsos de la soberbia, de la vanidad, de la curiosidad, de la concupiscencia!.... ¡Cómo la halagaba la idea de independencia y de supremacía, de conocer ese mas allá que la ilusionaba!

Dios veía la tentación, y si bien había dado á Eva, como á Adam, una razón perfecta para que pudiese rechazarla, y conocer que solo el espíritu del mal podía inducirla á la desobediencia, siempre misericordioso, la había dado, al crearla, poderosa ayuda para resistir la tentación. En efecto, con Eva, aunque invisible para ella, existía una matrona divina, en cuyo rostro resplandecía toda la belleza, que en aureolas de gloria iluminó, andando los tiempos, la frente de los mártires, de los confesores, de las vírgenes, de todos los justos. Su aspecto denotaba el vigor y la fuerza, no esa fuerza material debida á una constitución hercúlea, sino esa fuerza, ese vigor del alma, hija de una convicción profunda, que lleva al sacrificio sin sentimiento, que da el valor, que produce el entusiasmo; esa convicción ciega que grita: ¡Cree! y nada hay superior á destruir la creencia. Pues bien, esa matrona sublime, con voz severa, dijo á Eva:

«¡Pobre mujer! Yo soy la Fé, hija de Dios, que vengo á defenderte de la tentación: un tupido cendal cubre mis ojos, para denotar que todo el que conmigo esté debe creer ciegamente. Cree en lo que Dios te ha dicho. ¿Qué mas puedes desear en tu condición, que la felicidad que disfrutas? Dios te ha dicho: si desobedeciendo mi precepto, comes de la fruta del árbol prohibido, morirás! ¿Vas á trocar lo cierto por lo dudoso? Recurre á tu inteligencia; si Dios hubiese temido que pudieses llegar á ser como él, ¿te hubiera creado por ventura? Y si te ha dado la vida, ¿no puede del mismo modo darte la muerte? ¡Cree, mujer! ¡cree en la palabra de Dios!»

Pero así como del seno de su misericordia Dios había brotado la Fé para Eva, Satanás hizo brotar del fondo de su impureza á la Duda, invisible también, pero con una voz dulcísima y llena de melodías su-

ves para mejor insinuarse en el corazón humano. ¡Oh, si Eva hubiese podido ver á la Duda en toda su horrible deformidad! el horror, el espanto que se hubieran apoderado de ella, la hubieran obligado á abrazarse á la Fé para que la salvase de la horrible visión, del monstruo de la Duda! ¡Y cómo entonces hubiera creído ciegamente en Dios! Si temía morir, en la Duda hubiera visto la imagen repulsiva de la muerte, de la nada, porque eso es la Duda, siendo el principio de la corrupción y del pecado.

La Duda, pues, con voz melosa y persuasiva decía á Eva: «¡Necia! ¡y por qué has de morir! Te ha amenazado para atemorizarte, he ahí todo. ¿Y qué arriesgas con probar? Suponiendo no sea cierto lo que te asegura la serpiente, nada puedes perder; te quedas como estás. ¡Cóme, cóme, que si por acaso, la serpiente dice verdad, entonces, ya las oído, cuanta felicidad te espera!»

La Duda venció á la Fé. Eva miró al árbol.... ¡Era tan hermoso su fruto! ¡costaba tan poco trabajo cogerlo!.... Y lo cogió, y comió de él é indujo á Adam á que lo comiese.

¿Por qué Satanás no ejerció primero su tentación sobre Adam? ¿Conocía que la influencia de la mujer había de ser sobre el hombre mas poderosa que la suya? Es posible. Lo cierto es que Adam se mostró mas débil que Eva. ¿Le abandonó la Fé, le combatió la Duda? No: cuando mas sintió los primeros impulsos de la sensualidad, del orgullo, del amor propio, y comió del fruto no bien le fué ofrecido.

Luego, cuando sus ojos velados hasta entonces por la inocencia, se abrieron á la sombría luz de su pecado; cuando éste se le exhibió con todo su triste acompañamiento de males, desgracias y enfermedades, con su impureza y sensualidad, entonces se avergonzó por primera vez, y conociendo su falta, huyó primero á esconderse, queriendo despues atenuarla con la mujer y hasta como que quiso reconvenir al Criador porque le había dado compañe-

ra. Eva siguió su ejemplo, y quiso hacer recaer su culpa sobre la serpiente. Dios maldijo á ésta, y castigó la falta de Fé de nuestros primeros padres, lanzándolos del Paraíso, y ofreciéndoles como herencia en la vida los trabajos, los dolores, las miserias, las lágrimas, las enfermedades y la muerte.

Eva no tuvo Fé; fué la primera que dudó, y la primera fué tambien que oyó su sentencia de los lábios del Eterno, despues que hubo maldecido á la serpiente.

«Multiplicaré tus dolores y preñeces, le dijo; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí.»

Alcanzarale hasta el fin de los siglos este decreto de la justicia divina; así como purgó su falta con un exacerbamiento de crueldad por parte del hombre, hasta que se consumó la Redencion. Dios en el Paraíso la hizo igual al hombre; decayó de su condicion por su culpa, y el hombre traspasó los límites del dominio que sobre ella le diera el Supremo Hacedor: hizola esclava y la trató como á tal. Para que volviese á su condicion de igualdad, fué necesario que al cumplimiento de los decretos del Eterno, otra mujer, vírgen pura, abrigando el mayor tesoro de Fé de que hay ejemplo, no obstante de que iban á cumplirse en ella los mas grandes é incomprendibles misterios, creyese tanto como Eva dudó, en la Omnipotencia del Altísimo, y exclamase: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra.» Y consumada la Redencion, la Fé dió á la mujer una parte de lo que la Duda la habia quitado. Por esto tambien desde entonces, la Fé se halla mas encarnada en el pecho de la mujer que en el del hombre.

La Fé salva, la Duda mata;

La Fé es valerosa, la Duda cobarde;

La Fé es la paz del alma, la Duda el torcedor de la conciencia;

La Fé es la luz del entendimiento, la Duda la densa niebla donde vaga perdido;

La Fé es la humildad, es el agradecimiento, es el manantial de donde brotan

todas las virtudes cristianas, la Duda es la soberbia, es la ingratitud, es la fuente de todos los vicios;

La Fé hace hasta prodigios, la Duda nada crea;

La Fé es una mina inagotable de la que estrae la criatura tesoros de felicidad, la Duda un criadero de donde solo pueden extraerse escorias y miserias.

¡Cuán dulce es creer, cuán amargo dudar!

¡Creer es vivir! ¡Dudar es morir!

Si todo eso es la Fé, ¿quién estrañará que el cristianismo la haya dado la preferencia sobre todas las virtudes? El cristianismo, que cual ninguna otra religion ha comprendido las necesidades de la humanidad, como no podia menos de suceder atendido su origen divino, debia hacerlo así. La primera obligacion que Dios impuso al hombre fué la de creer en El, y la Fé en todos los dogmas de la religion cristiana, la creencia en sus misterios, es el principio de todas las virtudes. Solo por ella es el hombre humilde, justo, sóbrio, fuerte y prudente en todas las situaciones de la vida.

II.

Ha desaparecido de nuestra vista la mágica y encantadora belleza del Paraíso. Angeles de Dios guardan su recinto que planta alguna humana no volverá á pisar.

La inocencia, la paz, la felicidad de los primeros dias se han perdido tambien para siempre. Una tierra agreste que para producir demanda el sudor del hombre, dias de trabajo y noches de vigiliass é insomnios; tormentas de la naturaleza y tormentas del corazon; combates de los elementos, combates del alma; necesidades apremiantes, pasiones violentas, dolores, llantos y miserias; lucha siempre en todo; tal es la transformacion operada sobre la haz de la tierra desde que nuestros primeros padres faltaron al precepto de Dios, y con su desobediencia evocaron el espectro del mal para que se enseñorease del mundo.

¿Y qué se ha hecho de Adam y Eva? ¡Ah! vedlos ya caídos de la gracia, ¡cuánto han perdido en hermosura, en candor, en juventud! Las huellas de un pesar profundo se marcan en sus facciones tan puras y tersas antes. Han perdido sus ojos el celeste brillo de la inocencia, para cefirse con el sombrío tinte que en todo pone la desgracia y la amargura, por la falta cometida. Su pecho, poco antes lago sereno, se ha convertido en océano tumultuoso donde las pasiones se agitan violentas, haciéndoles concebir deseos impuros, ideas insensatas, temores, incertidumbres. Sufren congojas, los ayes suben á sus labios, y las lágrimas se elevan hasta buscar salida por sus ojos; les atormenta la sed y el hambre, y tienen que buscar el alimento entre espigas y abrojos de que está sembrado el suelo; y experimentan el rigor de las estaciones, y les atormentan miles de plagas que desde entonces pesan sobre la humanidad. Y se hallan solos, solos; pues los han dejado los animales que poco antes eran sus tímidos y mansos compañeros.... ¡Cuán pocos les han permanecido fieles y obedientes! Los mas han huido de su lado; rotos los lazos de la obediencia; y el hombre para dominarlos en lo sucesivo, para servirse de ellos tendrá que emplear la violencia y la fuerza.

Dejemos transcurrir algunos dias.....

Ved á Eva; su delicado cuerpo sensible ya á toda clase de impresiones, yace sobre el duro suelo; cuando mas habrá alguna yerba, alguna piel que la resguarde un tanto de su aspereza; dolores atroces, incomprensibles al hombre, que desgarran sus entrañas, que embargan por momentos su razon, que tornan por instantes lívido y cadavérico su semblante, que crispan sus nervios, que la fuerzan á prorumpir en gritos lastimeros, que agotan sus fuerzas, los dolores de la maternidad!!! la agobian, la maltratan, la aniquilan hasta el punto de temer va á cumplirse en ella la primera, pues la primera fué en cometer la falta, el supremo castigo de ella, la muerte!!

Y Adam la ve y se horroriza, y participa moralmente de sus dolores, y tiene sus mismos sufrimientos y congojas.... Teme perder á su compañera, y le espanta la horrorosa soledad que vislumbra, y sobre su frente empieza á marcarse el sello del idiotismo, sello funesto que la desgracia imprime en ese supremo instante en que al imponderable peso del pesar, de la angustia por el golpe inesperado, empieza la razon á replegarse á sus últimas trincheras, y el espíritu se amilana hasta el punto de creerse perdido.....

¡Mirad los efectos del pecado, los terribles resultados de la falta de Fé!!

¿Dónde está Dios en tanto? ¿Ha abandonado por completo á su criatura?... ¡No es posible! Severo es en su justicia pero aun es mas misericordioso que justiciero!

Dios veia los padecimientos de Eva, los sufrimientos de Adam: frágiles vasos de arcilla, hubieran quedado rotos al choque de tantos dolores y pesares, si el Criador no hubiese enviado en su ayuda á otra matrona no menos bella que la Fé, y aun mas dulce y afable: á su hermana la Esperanza! Los rayos de luz serena y apacible que despedían sus divinos ojos, vinieron á disipar las tinieblas que oscurecian ya aquellas pobres inteligencias. Habló y su voz sonó en los oídos de los desdichados como una armonía deleitosa, que debió recordarles las infinitas é inimitables que los recrearon en el Paraíso!.....

«¡Pobre Eva! la dijo, ¡cuánto sufres! ¡Sufres hasta el punto de creer que ya no hay salvacion para tí! Piensas llevas sufrido una eternidad de dolores, y que otra eternidad de ellos te aguarda todavía..... Mas no los temas, pronto cesarán; de ellos no te quedará mas que un leve recuerdo, y con los puros goces que has de sentir, te creerás bastante compensada. Yo, hija de Dios, vengo á sostenerte y á hacerte mas llevaderas estas horas de mortales angustias: soy la Esperanza, ¿lo entiendes? el bálsamo á los dolores, el lenitivo á los males. Conmigo no es posible el desaliento; conmigo se hace siempre frente á

la desgracia y á los sinsabores de la vida, y se triunfa! ¡Pobre mujer! ¡abrázate á mí, no me repelas como repeliste á mi hermana la Fé!.... ¡Creé en Dios, mujer, espera en Dios!»

La Esperanza no había olvidado á Adam: «No temas, le decia á la vez, por la que es carne de tu carne, hueso de tus huesos; sus dolores terminarán..... Yo vengo á tí enviada de Dios á darte la confianza que te falta. Espera en El, y en breve tu confianza será recompensada. Ahuyenta de tu enferma imaginacion esos espectros que la combaten: ya sabes que la Duda todo lo inficiona; y la desesperacion mata el cuerpo y el alma. Espera en Dios, y horas de calma y de ventura, de la posible felicidad que ya te es dado gozar sobre la tierra, sucederán á las que tan largas te parecen de dolores y sufrimientos. ¡Cree en Dios! ¡espera en Dios!»

Así dice, y mientras apoya á Adam con su potente mano, cobija con su manto de salvacion á Eva. ¡Oh! ¡qué celestial consuelo va inundando sus pechos! Eva cobra nuevos alientos, mayor vida, no siente tantos dolores. ¡Dios! pronuncian sus labios, y cree y pone su esperanza en Dios! La frente de Adam se esclarece, sus ojos revelan de nuevo la vida de su inteligencia, la calma se presenta sobre su semblante, cobra mas energía, y «Dios la salvará,» esclama. Adam ha puesto su esperanza en Dios, ¿qué puede, pues, temer?

Animados de la santa virtud aguardan el término de la dura prueba. El momento se acerca en que contemplen una nueva manifestacion del inmenso poder de Dios. Adam va á verse reproducido; va á tener principio la descendencia de Adam....

¡Oh, Esperanza! ¡virtud descendida del cielo! fiel amiga del hombre, su dulce compañera, nunca esquiva, siempre propicia á su llamamiento, sobre todo en la hora de la desgracia y del abatimiento, pues jamás el hombre te recuerda en sus cortos momentos de dicha, bendita seas, como nuestra mas inmediata Providencia en este valle de amarguras! ¡Qué sería tam-

bien sin tí la humanidad! De cualquier modo que te se considere, siempre has de sernos grata, querida como la joya mas preciada. Por tí los dolores, los desengaños, las amargas decepciones, todos los tormentos y sinsabores de la vida nos son mas llevaderos; tú aumentas nuestras fuerzas, nuestra energía mostrándonos siempre un mas allá mejor que el que nos rodea. Tú nos alientas y fortificas en todas las situaciones de la vida, por tí son dirigidos nuestros pasos, nuestras acciones, y siempre guiados por tí, se nos hace menos pesado el sendero de la vida. Tú tienes consuelos para todas las edades, para todas las clases, para el jóven, para el adulto, para el anciano, para el alegre y el triste, para el poderoso y para el miserable. Por tí la humanidad es mas solícita, es mas activa y trabajadora. Sostenida por tí avanza, siempre progresando, anhelante de su perfeccionamiento.

Con razon fuistes siempre el áncora de su salvacion, pero nunca como despues de consumada la gran tragedia del Gólgota. Desde entonces, ¡oh Esperanza! tomastes un carácter mas espiritual; desde entonces, ¡oh virtud cristiana! estendistes tus aspiraciones, y le hicistes esperar al hombre aun mas allá de la tumba, en la inmortalidad de Dios, en la suprema felicidad que no tiene tiempo ni medida, que no tiene fin.

Poseido de la Fé, animado de la Esperanza, ¿qué puede temer el hombre durante su breve peregrinacion sobre la tierra?

III.

Un nuevo ser ha aparecido sobre la haz de la tierra. Los dolores de Eva, los tormentos de Adam han sido remunerados. Han tenido un hijo, ser inocente, que viene á endulzar las amarguras de su vida, á hacer menos penosa su soledad, á alegrar sus tristes días, á aumentar su esperanza, á robustecer algo su Fé, y á resumir en sí el amor de dos almas.

Eva está ébria de alegría; Adam lleno de

satisfacción: diríase que todo ha desaparecido de su vista para no ver mas que su hijo, para solo pensar en él. Mirad como lo contemplan, como lo acarician, como velan su sueño, como le sonrien cuando despierta, como se alarman cuando lo ven intranquilo, como procuran enjugar su llanto; con cierta amorosa solicitud le rodean con sus brazos, y procuran preservarle de toda incomodidad. Mirad, en suma, como Eva goza lactando á su hijo, como Adam se recrea en tan dulce cuadro.

El hombre se ha hecho mas solícito, mas trabajador, y encuentra en el trabajo satisfacciones que no sentia antes; está mas cuidadoso, es mas comunicativo, se muestra mas expansivo, tiene otras ideas, experimenta otras sensaciones mas dulces, siente un aumento de bienestar que no sabe explicarse. La mujer ha experimentado mayor transformacion; aquel niño lo ocupa todo; es su remedo fiel; sonríe si el niño sonríe, llora si llora; suspira si sueña que su hijo ha podido suspirar; se anubla su semblante si cree divisar la mas tenue nubecilla sobre aquel rostro encantador, y se ilumina de repente no bien recobra el niño la calma un momento perdida. Siente anegada su alma en un mar de ternura; ¡y cuán tiernos son tambien los pensamientos que la asaltan! Ha hallado de repente palabras que ignoraba, frases llenas de unción y de amor... ni aun siente necesidades, ni la incomodan las fatigas, ni la mortifica el desvelo. ¡Figúrasele que se han vuelto á abrir para ella las puertas del Paraíso!

¡Oh, Eva! ¿cómo has podido olvidar tan pronto tus dolores? ¿Cómo tan ansiosa de libertad te esclavizas voluntariamente, y pones todos tus dias, y todas tus noches al servicio de ese niño que tanto te ha hecho padecer? ¡Oh, Adam! ¡tambien tú has olvidado tus sufrimientos, y leve hoy te parece, aun conociendo ser mayor, la carga del trabajo, la necesidad de buscar el alimento que has de compartir con uno mas! ¿Qué extraña contradicción es esta? ¿Qué misterio se encierra en vuestra natu-

raleza? ¿Quién ha podido operar en vosotros tal mudanza?.....

¡Dios! ¡siempre Dios!

En el momento supremo de la maternidad, en aquel terrible instante para la mujer que siente la mas fuerte de las convulsiones que pueden atacar y conmover la naturaleza de una criatura; cuando todavía luchaba con sus últimos dolores, y Adam trémulo y conmovido, acaso pensaba que no es posible amar lo que tantos sufrimientos cuesta, Dios evocaba del seno de su misericordia, jamás satisfecha, á la Caridad, que con la Fé y la Esperanza debian ser las tres grandes virtudes del cristianismo, que tomando á la criatura en los dinteles de la vida, no la abandonan, por poco que se esfuerce y apetezca su compañía, hasta dejarla en los de la eternidad. ¡Y cuán dichosa es el alma que llamada al juicio de Dios puede presentar en su descargo el ejercicio de aquellas tres virtudes! ¡Cuán feliz, sobre todo, si puede depositar ante el solio de la suprema justicia un tesoro de caridad!

Apareció, pues, la Caridad, llevando retratado en su dulcísimo semblante todo el amor, toda la ternura, toda la abnegación que han venido produciendo tantas acciones heroicas, tantos bienes á la humanidad doliente y desvalida; que han enjugado tantas lágrimas y proporcionado tantos consuelos; que han curado tantos males, y salvado tantas vidas.... Esa Caridad, que sin tener nada suyo, supo ir allegando tesoros para dispensarlos á los pobres, para levantar en mil pueblos otras tantas fundaciones benéficas, para establecer un lazo indisoluble, y ¡desdichado del que lo quebranta! entre el débil y el poderoso; para hacer que mas de un monarca descendiese á la choza del mas humilde de sus súbditos, para proporcionar asilos á la vejez, pan y educación á los huérfanos, para ser una madre cariñosa de tantos millares de inocentes que jamás conocieron las suyas, para crear un Vicente de Paul, un Juan de Dios!!

Apresuróse la virtud divina á hablar á Eva: ¡cuánta dulzura habia en su voz, cuánto encanto en sus palabras! Nunca las oyó Eva iguales, ni que tanto la conmoviesen. «Amiga mia, hermana mia, amada mia, le dijo: sangre es de tu sangre, carne de tu carne ese ser inocente que Dios te ha dado; ámallo tanto como su venida al mundo te ha hecho padecer; míralo desnudo, trémulo, palpitante, sin voz todavía mas que para gemir, sin razon para dirigir sus movimientos, sin fuerzas para nada. Ese ser débil hasta no mas, incapaz de todo lo que no sea sentir desde el primer momento de su existencia el hambre, la sed, la inclemencia del tiempo, es un ser perdido sin tus cuidados, sin tu amor. Si quieres salvarlo, es menester que te dediques toda á él, que solo pienses en él, que por él solamente vivas: debes alimentarlo, cuidarlo, asistirlo; debes adivinar sus necesidades, y hasta sus dolores, y el medio de prevenir los unos, y de amengnar y curarle los otros. Abrázate ferviente á mí, y encontrarás cuanto necesites para que nada falte al hijo de tus entrañas. Yó, la Caridad, que es el amor, encarnada en tí, te haré mas inteligente aun, mas fuerte, mas ingeniosa y desplegaré á tu vista tesoros ocultos de la naturaleza para que uses de ellos en bien de tu hijo..... ¡Y cuántos goces tendrás conmigo! ¡Si fuera posible que despues de tu caída hallases una compensacion igual de los perdidos del Paraíso, ten por cierto, que solo podrias encontrarlos en mí! Dios me entrega á tí en su misericordia. No me dejes y serás salva y feliz, despues de haber contribuido á la felicidad de los que te rodean.»

Tambien dijo á Adam:

«¡Oh tú, hermano mio muy querido; ser mas fuerte é inteligente; tú estás obligado á abrigarme en tu seno, y á tenerme por compañera inseparable de tu vida: mira á tu dulce compañera y al hijo de vuestro amor. ¿Qué seria de prendas que deben ya serte amadas, si no velases solícito por ellas, si no las amparases, si no las defendieses, si no las alimentases?..... En esta

obra de amor, de caridad, tienes que ganar mucho: la paz de tu alma, la tranquilidad de tu conciencia, y no poco que te halague y enorgullezca, que te haga concebir una justa estimacion de tí mismo. ¡Tú solo para ellos! ¡qué satisfaccion tan grande para el corazon! Conmigo jamás te se hará pesado el trabajo, no sentirás desvelos, las vigiliass te serán tan dulces como el descanso; no habrá para tí mortificaciones, y cada vez que el sol aparezca en la azulada bóveda del cielo, te encontrarás mas fuerte, mas animoso para sobrellevar con gusto, casi sin apercibirte de ellas, las miserias y penalidades de la vida. ¡Oh, hermano mio! ¡Conóceme bien, que no es posible de otro modo, puedas comprender cuantos tesoros de ternura, de amor, puedo dispensar! En breve ese niño me conocerá tambien. ¡Eva me tiene consigo y animados todos por mí, establecida esa mútua correspondencia de amor entre vuestras almas, no lo dudes, Adam, alcanzareis toda la felicidad posible sobre la tierra. ¡Y ay de aquel, que rompa el lazo que anudo entre vosotros! No habrá para él dicha ni paz; arrastrará una existencia miserable; y el diente emponzoñado del remordimiento, clavado de continuo en su conciencia le causará martirios atroces.....

»¡Hermanos míos, abrazaos á mí, nunca me abandoneis!»

Así habló la Caridad, y sus palabras ocasionaron una transformacion en aquellos desdichados. Despues de haber perdido por su falta de Fé el Paraíso, ¿qué hubiera sido de ellos sin la Esperanza y sin la Caridad? ¿Y por qué otro medio podia Dios ostentar su misericordia, templar los efectos de su justicia, sino dando á la criatura la Fé, la Esperanza y la Caridad?.....

¡Mil veces infeliz el que desconoce esas virtudes!

La pérdida de la Fé trajo el pecado al mundo: la pérdida de la Caridad y de la Esperanza en la misericordia de Dios fué la condenacion de la primera alma, del alma de Cain.

¡Qué no lo olvide el cristiano!

La Caridad, como hemos visto en las demás virtudes cristianas, tuvo tambien su gran desarrollo con la redencion del mundo por el Hijo de Dios. El hombre habia materializado esa virtud, Dios la espiritualizó, la sublimó recordando su origen divino. Se habia dicho: «Amad á vuestros projimos, como á vosotros mismo.» Jesucristo dijo: «Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, imitad á vuestro Padre celestial que hace brillar el sol lo mismo sobre los buenos que sobre los malos, y caer la lluvia lo mismo sobre los justos que sobre los inicuos.»

La Fé, la Esperanza, la Caridad, resplandecieron con su divina luz en el Calvario, cuando la muerte del Justo de los justos. Desde entonces esas virtudes son el faro luminoso que guia los pasos del cristiano hácia la patria celestial.

¡Ejercitad esas virtudes y hallareis abiertas las puertas de un Paraíso superior al en que Dios puso Adam y á Eva!

S. CASILARI.

ESTUDIOS RELIGIOSOS.

LA VIRGEN MARIA.

II.

Cuando César Augusto mandó hacer un padron ó censo general de todos los súbditos de su imperio, José y María se vieron obligados á ir desde Nazareth á Behlem, donde no encontrando lugar en las posadas se vieron obligados á colocarse al abrigo de un establo, bajo un arruinado portal. En aquel establo parió la Virgen María á Jesus, sin asistencia de nadie, ni dolor alguno. Lo envolvió ella misma en los pañales, y lo colocó en el pesebre sobre un poco de paja. No lejos de allí habia unos pastores que velaban sobre sus rebaños. De

pronto un ángel se presentó ante ellos rodeado de una luz divina, que los llenó de un temor estremo. «No temais, les dijo el ángel, os anuncio una grande alegría; hoy en la ciudad de David os ha nacido un Salvador, que es el Cristo y el Señor. Le reconocereis en un niño envuelto en pañales, y acostado en un pesebre.»

Al momento se unió al ángel una tropa del ejército celestial, alabando á Dios y diciendo: «Gloria á Dios en lo alto de los cielos, y paz á los hombres sobre la tierra de buena voluntad.» Cuando se retiraron los ángeles del cielo, llevándose su divina armonía y su esplendor: dijeron los pastores: «Vamos hasta Behlem y veamos lo que ha sucedido y lo que el Señor nos ha hecho conocer.» Corrieron apresuradamente á Behlem, y hallaron á María y á José velando sobre el niño reclinado en el pesebre, segun el oráculo del Altísimo. La Virgen María no rehusó decir lo que el ángel les habia revelado, pero conservaba en su corazon todas aquellas cosas gloriosas y las cubria con un inviolable silencio, para demostrar, dice un antiguo, que era tan discreta su boca, como casto su cuerpo. Volviéronse los pastores alabando á Dios de lo que habian visto y oido, y se llenaron de admiracion cuando por ellos supieron las maravillas de aquella memorable noche.

La Iglesia celebra á la media noche el 25 de diciembre, el nacimiento de Jesucristo y á la aurora de aquel mismo día el recuerdo de la adoracion de los pastores. El 1.º de enero, celebra la fiesta de la Circuncision, la humildad del Criador, sometiéndose á la ley hecha únicamente para la criatura. En esta circunstancia recibió su nombre, aquel nombre traído del cielo por un ángel, y bajo el que se inclina toda criatura. Fué llamado *Jesus*, es decir *Salvador*!

Poco tiempo despues, unos magos ó sabios, que la tradicion presenta tambien como reyes ó príncipes; y que probablemente eran del país de Arabia, habiendo visto en el firmamento una extraordinaria

estrella, creyeron en el fuego de esta luz celestial, que iluminaba su corazón como un astro nuevo que hería su vista, que había sido dado al mundo por fin el rey de los judíos anunciado por los profetas y esperado por las naciones. En esta persuasión y á vista del maravilloso fenómeno, los magos ó filósofos acudieron á Jerusalem preguntando en que lugar había nacido el rey de los judíos: «Porque dijeron, hemos visto su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarla.» Herodes, rey titular de la Judea, sabiendo que ricos extranjeros buscaban un niño á quien estaba prometida la soberanía del país, y no levantando los ojos mas allá de una corona temporal, se sorprendió y aterró de aquella rivalidad que venía á amenazar su trono, tan penosamente afirmado. Toda Jerusalem participó de aquella preocupacion, aunque por motivos muy diferentes que los de Herodes, que era muy odiado.

Reunió el rey á los príncipes de los sacerdotes, á los doctores de la ley, para saber de ellos donde debía nacer el Cristo. Respondiéronle unánimemente que en Behlem de Judea, segun los formales oráculos del profeta. Hizo llamar á los magos, los vió en secreto, y se enteró con gran cuidado del tiempo en que se les había aparecido la estrella, y dirigiéndoles á Behlem, les dijo: «Id, informaos exactamente de ese niño, y cuando lo hayais encontrado, hacédmelo saber á fin de que yo tambien vaya á adorarle.» Creía asegurarse de aquella cuna que le alarmaba, y de quien la fama publicaba ya tan grandes cosas, y sofocar los destinos nacies que ninguna mano del hombre defiende.

Habiendo oido los magos la palabra de Herodes, salieron de Jerusalem y tomaron el camino de la ciudad de David. Entonces la estrella que habían visto en Oriente y que ya había guiado sus pasos, volvió á brillar de nuevo ante sus ojos, y los dirigió hácia la cabaña en que se hallaba Jesús. Entraron y sin que la extrema desnudez del nuevo monarca quebrantase su fé, le ofrecieron en presente los tesoros que ha-

bían traído: el oro, el incienso y la mirra. Disponíanse á volver al palacio de Herodes no sospechando sus crueles proyectos, empero advertidos en sueño de que no volvieran á verlo, tornaron á su país por diferente camino. Los cristianos han colocado un altar en la iglesia subterránea de Behlem, en el mismo sitio donde se hallaba la Virgen Maria cuando se presentó su hijo á la adoracion de los magos.

Cuarenta dias despues del nacimiento de Jesús, Maria se presentó en el templo para cumplir con la ley de su patria, aun cuando de ella estuviese dispensada por el maravilloso carácter de su parto. Todas las mujeres que habían dado nacimiento á sus hijos debían ofrecerle en el templo y someterse ellas mismas á la ceremonia de su purificacion. Maria, ilesa y sin mancha, obedece con humilde sentimiento á la ley que no la comprende y lleva la ofrenda, no de los ricos sino de los pobres: las mujeres ricas presentaban un cordero; las mujeres pobres dos tórtolas. Un hombre justo y temeroso de Dios, que aguardaba al Consolador de Israel y al Salvador del mundo, había conocido proféticamente que no moriría sin haber visto antes el objeto de sus ardientes votos. Aquel hombre se llamaba Simeon y era muy anciano: vino al templo en el instante mismo en que Maria y Joséf presentaban á Jesús. Recibió el niño en sus manos y teniéndolo en sus brazos lo ofreció al Eterno cual la víctima destinada á salvar al mundo: despues en su trasporte de santa alegría, pronunció estas palabras tan célebres.

«Ahora, Señor, puede morir ya en paz vuestro siervo, pues que segun vuestra promesa, mis ojos han visto al Autor de la salvacion que enviais delante de todos los pueblos, para ser la luz que iluminará las naciones y la gloria de Israel, vuestro pueblo.»

Maria y Josef escuchaban aquellas palabras con admiracion y asombro. El anciano Simeon les bendijo: despues añadió dirigiéndose á Maria: «Este niño ha venido para la ruina y la resurreccion de muchos

en Israel; será objeto de contradicciones, y vos misma, cuando los pensamientos secretos de algunos se os descubran, tendreis traspasada el alma con una espada de dolor.»

Una santa mujer llamada Ana, que pasaba sus dias y sus noches en la oracion y en el ayuno sin salir del templo, vino tambien á unir su voz á todas las voces del cielo y de la tierra, que proclamaban las futuras grandezas de Cristo y hablaba con entusiasmo de aquel niño que debía regenerar á Israel.

El recuerdo de estos sucesos y del dia en que pasaron, está consagrado por una fiesta señalada en el dia 2 de febrero, y que ha sido muchos tiempos solemnizada con el mismo descanso que el domingo.

Cuando se verificaron estos misterios, Dios que no queria entregar el divino niño á la celosa crueldad de Herodes, hizo avisar á Josef por medio de un ángel, de que debería huir á una lejana y estraña comarca. «Levántate, dice un ángel, á Joséf, toma el niño y su madre, huye á Egipto y permanece en él hasta que yo te lo advierta: por que sucederá que Herodes buscará el niño para hacerle morir.»

Inmediatamente se levanta Joséf, toma el niño y la madre y marcha aquella misma noche dirigiéndose á Egipto, donde permanecieron hasta la muerte de Herodes. Parece que aquella tierra se ha estremecido bajo los pasos del desterrado y que ha querido reconocer la hospitalidad que en ella encontraba dejando un germen fecundo de fé y de caridad. Los antiguos han escrito que los árboles se agitaban al paso del Dios oculto, que los ídolos vacilaron y cayeron de sus pedestales. Lo que hay de cierto es, que el Egipto abrió á la predicacion evangélica un oído mas dócil que la mayor parte de las demás regiones del mundo, y que allí se vieron florecer con un inaudito brillo todas las virtudes del cristianismo. Era como el jardin de la iglesia primitiva donde los mártires, los anacoretas y los doctores, como flores radiantes, derramaban la suavidad de los mas ricos perfumes. Escritores

del siglo IV, apoyándose en respetables tradiciones, han dicho que el Señor habia penetrado en su viaje hasta Hermópolis, en la Tebaida, á mas de doscientas leguas de Jerusalem.

Habiendo Herodes aguardado en vano á los magos vió que le habian engañado y entró en violenta cólera. Escitado además por su habitual desconfianza, y cruel por otra parte hasta el punto de no haber perdonado ni á sus propios hijos, cometió una inhumanidad que fué famosa entre los mismos paganos. Envió gente armada para hacer perecer todos los niños de dos años abajo en Behlem y los paises de alrededor, esperando envolver así en el asesinato universal, al que habian osado saludar rey de los judios. Este fué el cumplimiento de aquella palabra de Jeremias. «Se alzó una voz en Rama: eran lloros y gritos lamentables. Raquel lloraba sus hijos, y no queria ser consolada porque no existian.» Empero la crueldad de Herodes fué inútil: primero, porque el Rey de los judios se hallaba fuera del alcance de su espada: despues, porque él mismo iba á sucumbir, no llevando consigo otra cosa mas que el horror de sus contemporáneos.

La historia ha conservado la palabra pronunciada por Augusto, cuando supo la trágica ejecucion de Behlem. La Iglesia que tiene la memoria de todos los que son víctimas de la fuerza brutal y que padecen por la justicia, honra como mártires á los inocentes inmolados por la espada de Herodes.

Poco tiempo despues recibió aquel príncipe bárbaro el castigo providencial de su crimen y de aquellos con que tenia ya antes manchadas sus manos. Vio amenazados sus dias por su hijo mayor y ordenó darle muerte. Receloso é inconstante cambió varias veces el orden de sucesion entre sus otros hijos. Aborrecido de los judios, habia reunido los principales de la nacion con el designio de inmolarnos en su último dia á fin de que llorase toda la Judea en el momento de sus funerales. Atacado por último de una horrenda enfermedad, se vió atormentado con dolores inauditos, y pe-

reció como herido por la severa mano de la Providencia.

Muerto Herodes y reinando en Judea su hijo Arquelao, el ángel que se había aparecido á José para aconsejarle su fuga, volvió á aparecérselo para aconsejarle su vuelta. «Levántate, le dijo, toma el niño y su madre y marcha al país de Israel, porque los que trataban de hacer perecer al niño han muerto.»

Inmediatamente obedeció José; pero habiendo sabido que era Arquelao el que reinaba en Judea, temió ir allí por una advertencia del cielo y se retiró á Nazareth, en la Galilea, donde el nacimiento de Jesus no habia tenido tanta celebridad como en Jerusalem. Allí pasó Jesus treinta años de su vida; allí vivia la santa familia en el trabajo y en la humildad, ennobleciendo los trabajos mas despreciables, santificando la fatiga y los sudores arrancados por el trabajo, y dando así á la vida mas oscura, el secreto de llegar á una gloria y á una felicidad inmortal. Cristo, Dios hecho hombre, se dignó conocer el hambre, el trabajo y la muerte, esas tres cosas contemporáneas de la humanidad, y las dejó subsistir en el mundo á fin de hacernos comprender como debe sufrírselas, para vencer un día y cambiar todas esas necesidades humillantes en otros tantos títulos ilustres á una vida mejor y mas duradera.

José y María, iban todos los años de Nazareth á Jerusalem, para celebrar allí la fiesta de la Pascua. Cuando Jesus llegó á los doce años de edad le llevaron allí con ellos. Pasada la fiesta, volvieron á Nazareth sin que echasen de ver que Jesus se había quedado en Jerusalem, en la creencia de que estaria con sus parientes y sus amigos, José y María caminaron durante un día, pero llegada la noche no lo encontraron ni en la compañía de sus parientes, ni en la de las personas que mas le conocian. Alarmados, volvieron á Jerusalem, lo buscaron por todas partes y al tercero día descubrieron por último á Jesus, bajo el pórtico del templo, donde ordinariamente se re-

unian los doctores de la ley. Hallábase sentado en medio de ellos para instruirles, no como un maestro, porque queria mostrar la modestia que conviene á los niños, sino haciendo preguntas y dando respuestas luminosas y sabias que admiraban á todos sus oyentes.

Cuando su Santa Madre le encontró y le preguntó con ternura por qué los habia afligido así: «¿Por qué me buskais? respondió el divino Maestro, ¿no sabeis que es preciso que me ocupe de lo que concierne á mi Padre?» Pero en aquel momento José y María, no penetraron todo su pensamiento porque arrojaba los primeros rayos de aquella luz de que mas tarde llenó el templo, la Judea y el mundo entero. Volvió con ellos á Nazareth y permaneció sumiso y obediente á sus órdenes.

Se cree comunmente que Jesus tenia veinte y nueve años, cuando el hombre justo y puro que fué elegido para esposo de la Virgen María, abandonó este mundo, sostenido en sus últimos instantes por aquel cuyos primeros pasos habia guiado y protegido su infancia. Sin duda José, espiró en la paz traída sobre [el portal de Behlem por los ángeles del cielo, y sin duda por esto se le invoca como el patrono de una buena muerte y es en la Iglesia objeto de un culto respetuoso y tierno. María, angustiada por esta pérdida, debia muy pronto prepararse á otros dolores.

EL CONDE DE FABRAQUER.

LA LEPROSA DEL RONCAL.

Cerca de un caserío inmediato á la villa de Aibar, no lejos de la ciudad de Sangüesa, llegó á tomar descanso cierta mañana del año 1272, un devoto peregrino, rendido por la fatiga de una larga jornada emprendida por terreno ágrío y desigual en lo mas caluroso del mes de agosto. Su talante, su aspecto, indicaban sus grandes

padecimientos, y remota procedencia sin blanca ni guardaropa, el miserable traje que vestía, destrozado y cubierto de polvo. A tiro de ballesta dejaba conocer estar acostumbrado á mas pulido arreo, y que las groseras abarcas y tosco sayal eran atavíos estraños para el viajero, que á deshora cruzó el pequeño lugarejo sin mendigar ni detener el paso, hasta verse lejos de poblado, donde sin duda el cansancio hizo traicion á su diligencia.

Allí, fijo el brazo en la desigualdad de una peña, apoyada la frente sobre la mano, quedóse pensativo mirando al suelo con distraccion sin alentar el menor suspiro, é inmóvil cual si formase parte de la roca que le servía de asiento.

—Fortun, Fortun, se oyó gritar á una mujer en la casa cercana, salte corriendo á ofrecer posada á un romero que se halla sentado allá bajo en aquella piedra. ¡Válgame la Santa Cruz! ¡No tener donde guarecerse con este calor! Anda listo, hijo mio, que si le abrimos la puerta, el Señor en cambio nos abrirá las del cielo.

Acudió ligero el muchacho abandonando para ello unas parvas de trigo que se hallaba aderezando, y puesto en faz con el caminante sin que éste manifestase haber notado su presencia, le dijo no sabiendo como esplicarse y confundido con el aire de grandeza que no esperaba encontrar en aquel desarrapado sin hogar.

—¡Señor.....

Levantó el peregrino la noble cabeza al oírle y viéndole al frente de sí, preguntó con acento de un príncipe:

—¿Qué solicitas?

—Yo... á la verdad.... no traigo ninguna solicitud; antes al contrario, mi madre ha sido la que viéndoos al sol y figurándose que podríais tener hambre ó necesidad de alguna cosa.... porque, vamos claros, vuestro sayo no manifiesta la mayor abundancia de moneda.

—Todo eso es cierto, pero juzgo importuno y descortés en alto grado humillar con ofrecimientos á quien nada pide.

—Aquí por esta tierra, señor peregrino,

sabed que no aguardamos á ser advertidos para cumplir las obras de misericordia, y si no quereis esponeros á que se repita en adelante la humillacion que tanto os aqueja ó vestid como quien sois ó sed como quien vestís.

—¿Consejero tambien, seor villano?

—No, sino resentido de vuestro injusto desden.

—Has hablado con razon, discreto mancebo; mi natural arrogante, escitado por la desgracia, me conduce muchas veces á estravíos culpables en la triste situacion á que me veo reducido: sí, merezco tus convenciones, estoy hambriento, casi desnudo, sin esperanza ni consuelo; la miseria y la afrenta son mi patrimonio y el pechero mas abyecto me despreciará con justicia. ¡Ah, duélete de mi arrepentimiento y concédeme caritativo una limosna por amor de Dios!

Así dijo arrojándose á las plantas del jóven queriendo sellar sus manos con los enardecidos labios, mas aquel pugnando por levantarle.

—¡Qué haceis, santo varon! le decia con los ojos arrasados en lágrimas. ¡Pecador de mí, barbilampiño y sin juicio, que no merezco levantar la voz delante de un hombre mayor y ahora venís á quererme besar las manos! Andad en buen hora á los piés de un señor cura con esas demostraciones, si es que teneis pesada la conciencia, y dejadme tranquilo, que pienso si estais mas tiempo de esa manera que me va á venir algun castigo por ello.

Aquietóse un poco el caminante, pasado el arrebató de sentimiento á que le condujo la consideracion de sus muchas penas, y en compañía del mozo entró en la casa, donde un venerable anciano y su esposa, ya tambien de bastantes años, le acogieron con afectuosa solicitud aderezando para él un sitio en la mesa de familia, sentado á la cual y servido con abundancia hizo con garbo tan gentil el debido acatamiento al pan moreno y rústicas, aunque sazónadas viandas, que bien demostró con su escelente apetito, el ayuno

forzoso á que habitualmente se hallaba condenado.

Despues de alzados los manteles, habiendo la franca hospitalidad héchóle mas comunicativo, quiso enterarse de las novedades del dia interrogando á sus huéspedes acerca de la situacion actual de aquella tierra.

—Decidme, preguntó, ¿están los pueblos satisfechos con el gobierno de su nuevo conde? ¿Hay noticias del paradero del antiguo señor? ¿Continúa su culpable esposa en la prision á que la redujo su inconfinencia?

—¡Cuerpo de tal, contestó el viejo, y cuán curioso debeis de ser! Muchas preguntas son á la vez y de índole resbaladiza para hechas por quien aun no sabemos quién es, adónde va y de dónde viene.

—Pues lo diré sin rodeos, que á fé no tengo causa para guardar reserva. Soy un caballero navarro á quien el celo por nuestra santa religion hizo abandonar su patria: en mi ausencia unos parientes traidores, apadrinados por gente de mucho poder, me usurparon la herencia paterna, y ahora desengañado marchó á Roncesvalles en busca de un desierto páramo donde terminar la vida, si es que Dios no me llama por otro camino.

—Santa determinacion, digna de alabanza y loa, que me mueve á satisfacer de buen grado vuestras preguntas una por una, y á fé que bien quisiera evitar contestar á lo primero, porque soy enemigo de murmuraciones y menos de faltar á la verdad, que no acataria cual es debido si negase que nuestro conde actual, don García Ramirez, es el bellaco mas ruin y sin conciencia que ha nacido de mujeres.

—¡Íñigo de mis pecados, repuso la vieja sin poderse contener, deten la lengua si no quieres que á todos nos suceda un trabajo! El diablo sin duda anda contigo, cuando así tratas un asunto que á tantos ha costado caro.

—Pues aunque me echaran un dogal al cuello quiero desahogar mi sentimiento con este bueno y fiel caballero. Si, por

Cristo Nuestro Señor, que ya no pueden sufrirse los continuos pechos y los diarios atropellos y vejaciones en honra y hacienda de que nos hace víctimas ese renegado. ¿Quereis creer que, segun dicen, tratan de establecer un tributo de doncellas del estado llano para venderlas á los moros en beneficio del Señor Ramirez?

—¡Increible maldad!

—Yo no sé si deberé creerla, pero aseguro que el nuevo conde es muy capaz de llevarla á cabo. Otra cosa era el anterior. Ello es cierto, tenia su genio: por romper una lanza hubiera sido capaz de retar á Lucifer en persona, y con él sus vasallos estaban seguros de no morir de calentura, mas en cuanto á justicia recta y mirar por el bien de los pobres no habia nada que decir; ¿pues y la excelente señora doña Blanca su esposa? ¿dónde podrá encontrarse caridad como la suya, ni mayor temor de Dios? y con eso está dicho todo.

—Decid mas bien hipócrita disimulo, digno de la estrecha prision á que la redujo su feo delito, interrumpió el forastero sacudiendo un golpe sobre la mesa.

—Templad la cólera, hermano romero, que acerca de eso habria mucho que decir. Es cierto que don García y sus parciales sorprendieron á la señora harto alijerada de ropa en compañía de don Cárlos su confidente, mas ¿podrá nadie comprender que dos cómplices sean tan inadvertidos que se olviden cerrar las puertas para satisfacer su liviandad?

—Descuidos que la Providencia dispone para castigar el crimen.

—Y los dos caballeros de ultramonte asesinados en las gargantas de los Pirineos cuando acudian á sostener la inocencia de la condesa por medio del duelo ¿lo habrán sido tambien para escarmentar la maldad?

—¡Únicamente dos se hallaron dispuestos á ser campeones de tan mala causa!

—¿Y cómo fuera posible encontrar mas, con el desastre de los primeros y la negativa del rey á conceder campo libre á los paladines de doña Blanca?

—Si no tienes otras razones en que apo-

yar tu juicio en favor de la culpable, harías mejor en no abrazar una opinion que solo puedes defender auxiliado por conjeturas inverosímiles.

—Y tambien por la conciencia de todos los hombres buenos del reino; temiendo á la cual el tirano no hizo acabar la vida á la condesa en un público tablado, contentándose con reducirla á prision rigurosa, á pesar de haber hecho sufrir trágica muerte al baron Carlos del Romeral, á quien acusaba de cómplice suyo.

—¿Y no han podido esos vasallos, que supones tan leales, restablecer á la condesa en la regencia que su esposo la encomendó al partir á la cruzada, hasta saber el paradero cierto de don Sancho de Aibar?

—¡Qué han de poder, señor! sin jefe de provecho, ocupados los castillos por tropas asoldadas en Francia y Aragon, y en la incertidumbre nosotros de si murió en tierra de infieles nuestro aventurero conde, que mal año para él sino fuera de mas ventaja para su cuerpo y alma permanecer en sus estados, y no irse al fin del mundo á pelear con los paganos, cuando tan cerca los tenia, ya que su natural belicoso le impulsaba á lograr fama de hazañero.

—La buena intencion absuelve á tus palabras de la nota de imprudentes que pudiera dárselos al oirlas criticar con tanta ligereza las acciones de quien nació tu dueño; suspende algun tiempo, animoso anciano, el ardor escesivo de tu celo, pues el porvenir reserva en sus arcanos secretos que nos causarán maravilla cuando aparezcan á la luz del dia; en tanto yo te suplico otorgues compasion, no vituperio, al desgraciado conde don Sancho y recibas mi despedida para cuando el sol haya traspuesto las montañas, hora en que tornaré á coger el baston de viajero, arrimado por espacio breve á un lado de tu generoso hogar hospitalario.

—¿Y volveris alguna otra vez?

—Solo nos pertenece el momento presente.

—Está bien. Una voz interior me anuncia que sois un personaje misterioso y digno

de respeto: ya seais el que sospecho ó bien algun caballero de sus parciales, mi casa, mis bienes, mis hijos y mi persona, estarán siempre á la disposicion de mi señor.

—¡Silencio, y olvidad hasta mi presencia entre vosotros, dijo el peregrino viendo á la familia dispuesta á rendirle acatamiento.

—Nuestro labio quedará cerrado con un sello inviolable. Así Dios nos ayude.

II.

Apenas la transparente oscuridad de una noche de verano hubo estendido su agradable frescura por el valle de Aibar, se vió salir de callada al peregrino en direccion á un famoso monasterio de monjes del Cister sito en las afueras de la villa. Segufanle á la desbandada los dos hijos de su huésped armados de sendas ballestas, mientras el padre caminando á mayor distancia, apercebido con un agudo venablo, desmentia por su paso firme y ligero las sospechas de flojedad que pudiera infundir su luenga y nevada cabellera.

Cuando vieron trasponer la puerta al sujeto que al parecer vigilaban, desaparecieron entre los matorrales, cual si la tierra los hubiera confundido, antes aun que su protegido tuviese tiempo para exigir del monje encargado de recibir á los forasteros le condujese á la celda del abad, para quien traia nuevas de sumo interés é importancia infinita.

—El Señor sea con vos, dijo el religioso postrándose tres veces á los piés del huésped, segun la regla se lo prevenia, seais bien venido á esta santa casa, donde hallareis abrigo y hermanos en Jesucristo deseosos de complaceros.

—Guardeos el cielo, Illan, contestó el peregrino; no busco solo al cenobita, demandando mas bien la lealtad del caballero Agramont de Rivera.

—Aquel murió para el mundo, añadió el prelado.

—Nunca muere el sentimiento del deber

para quien ha nacido honrado, cuando el buen derecho reclama su asistencia.

—¿Quién sois que venis á recordarme sentimientos que yo juzgaba sofocados debajo del cilicio? añadió el monje levantándose erguido.

—Si vuestros ojos se prestan mal á reconocer antiguas obligaciones, consultad al corazón y él os dirá lo conveniente.

Al decir esto el romero avanzó en la estensa celda hasta ponerse de modo que la luz de la lámpara iluminase de lleno su rostro.

El abad continuó inmóvil fija la vista en el forastero, creciendo en admiración á medida que un recuerdo confuso ayudaba su memoria.

—No puedo creerlo, murmuraba, podrá ser un lazo que se me tiende; aunque su noble continente y aire resuelto desvanecen toda incertidumbre.

—Cesa en tus vacilaciones: Sancho de Aibar es el que tienes delante, perseguido en sus propios estados, errante de pueblo en pueblo, sin vasallos ni servidores, cubierto de infamia por una esposa adúltera, pero sin abatirse nunca y determinado á caer luchando ó triunfar de sus villanos contrarios.

El aspecto del peregrino era tan digno é imponente al pronunciar estas palabras que desechando la duda exclamó su interlocutor:

—Ahora os conozco, dueño y señor; ese brío natural nunca pudo la traición ostentarlo. ¿Pero cómo vos así? pues aunque por acá hemos sabido el mal resultado de nuestras armas, nunca le juzgamos tan funesto, y de un día á otro esperábamos vuestra llegada entre las reliquias de la expedición que tan lucida vimos partir.

—La justicia de Dios ha pesado sobre nosotros, y otorgando á los mejores la corona del martirio castigó á los culpables para ejemplo de las naciones.

—¿Y nuestro rey Tibaldo II?

—Presa de tristeza inconsolable murió en Trápani de Sicilia, acompañado de bien pocos de los suyos. Yo le ví lanzar el últi-

mo suspiro sobre un lecho de paja y ceniza en forma de cruz, á semejanza del Santo rey de Francia Luis IX. Entonces me resolví á volver á Navarra. Lo demás tú lo sabes mejor y á mí me fuera doloroso recordarlo.

—¿Conque el buen Luis, jefe de la cruzada....

—Recibió la palma de los bienaventurados en las playas de Túnez, víctima de la peste, como la mayor parte del ejército. Allí, sobre aquel suelo mortífero, pereció la flor de la nobleza francesa, sin combatir, enervada por la calentura, dominando cuanto sus lanzas alcanzaban hasta que les faltaron fuerzas para sostenerlas, quedándoles apenas á corto número de los soldados de la cruz, para dar la vuelta á Europa cual mensajeros de un desastre lamentable. Pero no perdamos en quejas inútiles estos preciosos momentos que robamos á la traición. Hace algunos días que vago errante por los alrededores de Aibar, y el villano que ha esparcido la falsa noticia de mi muerte no puede tardar en saber que vengo en persona á disputarle el dominio que le proporcionó la torpeza de Blanca. ¿Estás dispuesto á secundar mis intenciones? ¿O bien quieres granjearte la voluntad de los rufianes que me persiguen entregándoles mi persona? Decide, pues, porque no saldré de aquí antes de conocer tu determinación.

—Vuestras dudas me calumnian, señor. Al dirigiros á este sitio debísteis hacerlo persuadido que sus moradores os tributan leal afecto cual bienhechor y soberano, y si atendeis á mis palabras, vereis por ellas como durante vuestra ausencia he previsto el caso en que nos hallamos. Los sótanos del monasterio ocultan armas suficientes para los muchos parciales vuestros con quienes mantengo inteligencias; en las montañas se albergan los menos sufridos y mas audaces, que aguardan impacientes el momento de arrojar sobre el castillo: solo necesitáis desearlo para destruir al rebelde usurpador.

—Que se reunan, pues, cuantos quieran

presenciar como recobro el honor perdido, aun primero que los bienes heredados.

—Doña Blanca, señor, es inocente.

—No me la nombres jamás.

—Habré de hacerlo, porque os importa mucho saber que la Providencia conserva un testimonio irrecusable de su fé sin mancilla.

—¡Qué ciega credulidad!

—Sería ruda obstinacion no dar asenso á lo que vais á oír. Poco antes de sorprenderla con el infeliz á quien degollaron cual su cómplice, dos niños habian penetrado en las habitaciones interiores de la condesa atraídos por el deseo de divertirse con los pájaros que allí estaban. Oyeron pasos, y temiendo ser reprendidos por su atrevida incursión, se ocultaron detrás de un repostero de los que guarnecian las paredes. Llegó doña Blanca, y corto rato despues su confidente Carlos, solicitando una limosna para una familia que se hallaba en el último extremo. Ya sabeis la caridad ardiente de la condesa.—No tengo oro ni plata, respondió; empené á los judíos de Pamplona las alhajas de mi pertenencia para los gastos de la cruzada; mira de allegar recursos por otra parte.—Antes de venir á vos, repuso Carlos, he tentado en valde cuantos medios pudo sugerirme el mas ardiente celo, y el vicio hará en daño de dos huérfanas acosadas por el hambre, lo que no alcance á lograr la solicitud cristiana.—¡Ah! ¿qué haré? aguarda: toma este falde-llin de brocado que para nada necesito: mientras mi esposo se halle ausente y en peligro no pienso vestir galas; si vuelvo á verle salvo y triunfador, su gloria será bastante para llenar mi corazón.—Esto dicho, empezó la condesa á despojarse del vestido á tiempo que García Ramirez apareció en la puerta; vió el ademan de la regente, la ruin ambicion infundió en su pecho espíritu de torpe calumnia, y á grandes voces convocó á las gentes de palacio para que averiguasen el poco recato de vuestra esposa. Encerrada en cárcel estrecha lloró dos años su opinion perdida, hasta que recelando el tirano que pudiese al-

gun dia servir de bandera contra sus demasías, meditó esparcir la voz de que se hallaba tocada de la lepra, confinándola por consecuencia á la leprosería del Roncal. De esta manera alejada de todo trato por el horror que inspira su enfermedad supuesta, tiene mas segura á su víctima que sumida en profundo calabozo.

—¿Y juzgas verdadera tan perversa combinación?

—Bajo la fé de sacerdote, por la honra que de mis mayores heredé, os juro que no hay nada de falso en cuanto os acabo de contar.

—Entonces quiero ir antes de otra cosa á libertar de su oprobio á la que tanto padece por mí. Quiero alcanzar perdon de las palabras y pensamientos con que ultrajé su decoro, pues hasta que le consiga no seré capaz de llevar adelante accion ninguna de importancia.

—Decid mas bien que arrebatado de la pasion, anteponeis vuestro loco amor á los mayores intereses.

—No profanes, austero cenobita, un sentimiento que nunca debes comprender, é inmediatamente ordena que me se conceda franca salida.

—Libre la encontrareis: algunos hombres de armas asegurarán el camino: abreviad la vuelta porque la diligencia importa.

Salió don Sancho en alas de su deseo sin escuchar las últimas palabras, mientras el prudente monje le miraba por una de las ventanas desaparecer en la oscuridad, diciendo para sí:

—Corre, insensato caballero; la noticia de que te aguarda una mujer es suficiente para que adventures la vida y el porvenir: cualquier otro procedería de igual modo, porque la flaqueza es nuestro patrimonio. Has dicho bien, no debo parar mientes en semejante debilidad, sino reconocer en tí al representante de la justicia y asegurar su triunfo en tu persona.

III.

Sin contratiempo que sea digno de contarse llegó don Sancho á la leprosería ó lepro-



Imp. Ch. Clardou del. 50 rue d'Anjou-lez-Louvres

Nargot sc.

S. M. DOM PEDRO II.

EMPERADOR DEL BRASIL

MUSEO DE FAMILIAS Nº 2